



COMO EN CASA.
A LA IZQUIERDA,
«PORTRAIT OF
SUNNY (1982).
ABAJO, «CHANCE
(ANN)» (1990)

A LA MANERA DEL POP

ALEX KATZ CUTOUTS

GALERÍA JAVIER LÓPEZ. MADRID
C/ JOSÉ MARAÑÓN, 4
HASTA EL 31 DE JULIO

ÓSCAR ALONSO MOLINA

La pintura de Alex Katz (Nueva York, 1927), tiene esa peculiar cualidad que provocan determinados artistas menores que, cuando gustan, gustan mucho, incluso entusiasman a unos pocos, y, cuando no, suelen ganarse la más cruel indiferencia. Es algo previsible en una apuesta como la suya tendente a las bajas intensidades y el golpe de efecto en sordina; a remansarse en zonas apenas conflictivas de la investigación formal mientras que, en lo que a contenidos se refiere, se contenta con explotar algunas de las grandes conquistas del pop, sólo que, en su caso, tamizadas por un refinado buen gusto, muy a la europea, digamos. Todo esto es lo que hace de él un artista que complace a inmensas minorías entre la crítica y gran público.

Katz es de esos pintores que sólo la modernidad tardía pudo forjar y encumbrar al nivel que su nombre ocupa hoy; pero seamos justos y re-

conozcamos que, para su disfrute en profundidad, y atendiendo a todos los matices que congrega, es necesario leerlo bajo la perspectiva posmoderna, con su consabido debilitamiento, transversalidad, contaminación y perfrasis bizantinas, erosionado la voz de todo discurso fuerte identificado con la voz autorial.

MOVIMIENTO EN ESPIRAL. Efectivamente, Katz proporciona al espectador el gozo, la seguridad de reconocer siempre nuevas diferencias, variantes y combinaciones con respecto al canon que le sirve en todo momento de referente, como si girara su perfil poco a poco hacia un centro del cual se aleja progresivamente en un continuo movimiento espiral. Esta fuga musical quizá podríamos entenderla mejor a partir del concepto de «variación diferencial» frente al modelo clásico, mediante el cual Claude-Gilbert Dubois definió en su día la perspectiva manierizante.

Por cierto, que en su obra hay más de una cita a un pintor como Bronzino, ejemplo por excelencia de la rigidez áulica en que cristalizó la pintura del XVI florentino, hasta el punto de parecer ansiar la confusión con la dureza de las gemas y las piedras semipreciosas. También los rostros



SON SÓLO SEIS PIEZAS, NO LAS MÁS ESPECTACULARES O LAS MÁS BONITAS, PERO DAN UNA IDEA FIEL DE UN ARTISTA QUE SE MANTIENE BIEN EN EL TONO MEDIO, SIN APASIONAMIENTOS

de Katz, a menudo inmensos, planos como el que más de Warhol, vacíos en su melancólica elegancia, son el recuerdo de un estereotipo donde cada caso concreto se colma en función a un mínimo de individualidad que, en última instancia, es de lo primero que prescindimos para disfrutar de las cualidades del trabajo. En este sentido hay que darle la razón a la tradición crítica que ve en ellos dos, -en el Manierismo o en Katz-, focos irreductibles de formalismo, sólo que en ambos la tensión dentro de la propia morfosintaxis es de tal calibre que, a la postre, supone la propia válvula de escape -por vía de la contradicción- para asumir aspectos conceptuales inesperados en la superficie, escapando así el conjunto a su ensimismamiento de la *manera*.

MONUMENTAL. La enorme distinción, las sutilezas en la pintura de Katz es algo fuera de toda duda, incluso a pesar de su tendencia a la monumentalidad. Lo mismo que no se discute su dominio magistral del color; o la sorprendente capacidad que tiene para conseguir mucho con pocos o muy simplificados recursos; o la habilidad con que se maneja para sacar al final provecho de sus deficiencias en el dibujo; o la gracia, discreción e inteligencia de sus homenajes privados a la gran tradición pictórica. La verdad es que no es poco, pero lo cierto es que tampoco hay mucho más. Al respecto, recuerdo aquella acerada crítica de Robert Hughes con motivo de la retrospectiva del artista en el Whitney, en 1986: «A los admiradores de Katz les agrada resaltar que sus pinturas son "engañosamente sencillas", como si una masa de pensamientos retorcidos estuviera agazapada por debajo de su superficie. Pero, de hecho, lo que se ve es lo que hay, y su repertorio de trucos de composición, si bien es efectivo, no es muy amplio».

Pero todo ello podrán comprobarlo por ustedes mismos si se acercan a ver la deliciosa exposición de sus piezas recortadas/siluetas (*cutouts*), que se han seleccionado en esta ocasión. Son sólo seis, no las más espectaculares, ni siquiera las más bonitas e inolvidables, pero quizá por ello dan una idea más fiel de un artista que se mantiene muy bien en el tono medio, huyendo del apasionamiento. Porque, a pesar del particular espacio que ocupan en su producción, esta especie de esculturas bidimensionales concentran el estilo de Katz casi en su esencia pura. Y el estilo aquí es lo importante, no lo olviden: de él depende esa rarísima, frígida intensidad que desprende su pintura. ■